

321.6

M297

el 19. enero 79

A los Pres. A. de la Paz
Guerra y Santiago Revell,
Directores del "Renacimiento",
como un testimonio de respe-
toso homenaje.

México, Diciembre 26 de 1905

Fernández y Castañón

JC143

M2 1905



FSRM

7122

PROLOGO DEL PRIMER EDITOR.

LAS GACETAS extranjeras nos noticiaron en el mes de Julio próximo pasado, que había entre los libros y papeles hallados en el coche de Bonaparte, después de su derrota y fuga del 18 de Junio anterior, un manuscrito encuadernado que contenía la traducción de diversos fragmentos de Maquiavelo; pero no se decía á qué obras de este autor pertenecían ellos. Como nos parecía que Bonaparte se había formado de esta colección un librito *de memoria po-*

lítico, y que la elección de los pasajes podía descubrirnos sus más ocultos pensamientos en las materias políticas, hicimos todos nuestros esfuerzos para tener conocimiento de este manuscrito. Nuestras diligencias no fueron en balde, porque conseguimos proporcionarnos una copia suya; y quedó satisfecha nuestra curiosidad más allá de lo que esperábamos. Contiene el manuscrito no solamente una nueva traducción del *libro del Príncipe*, y de muchos importantes pasajes de algunos otros escritos del mismo autor, sino también diversas notas marginales de propio puño de Bonaparte.

Infinitamente curioso este manuscrito por semejantes notas de un hombre que, á causa de que él era italiano y que de simple particular llegó á ocupar la más eminente soberanía, debía haber comprendido mejor á Maquiavelo que el común de los lectores mismos de su país, es además sumamente precioso por el mérito enteramente particular de la traducción. Nos bastaría, para juzgarla con aprecio, el reflexionar que emprendida para un lector que tenía todos los derechos posibles para ser delicado sobre semejante tarea, la tuvo él mismo por preferible á cualquiera otra. Cuya consideración sola debería hacerla tal á los ojos mismos de los que no poseyeran aquel raro conocimiento del antiguo idioma toscano, sin que uno mismo no pueda apre-

ciarla realmente bien. Pero nos atrevemos á afirmar también que, si hubiera algún francés tan versado como lo estarían los literatos italianos en el estudio de la antigua lengua de las obras de Maquiavelo, podría convencerse por sí mismo de que la presente traducción es realmente superior á cuantas se han conocido hasta este día. No titubaremos en decir que ella lo es, y los italianos más delicados no nos desmentirán; porque este juicio, aunque lo declara un francés, es el de un escritor tan ejercitado en la lengua suya, que aun sus obras en italiano publicadas en medio de ellos, hicieron mirarle allí por muchísimo tiempo como uno de los suyos.

Habiendo comparado escrupulosamente el mismo juez esta traducción con el texto, y en seguida con la que Amelot de la Houssaie publicó en el año de 1683 (1), y la que se dió á luz por Toussaint

(1) La traducción de Amelot de la Houssaie parece haberse hecho más bien por una edición de algunas obras de Maquiavelo, publicada por el célebre Aldo en los años de 1540 ó de 1546, ó la de Giunti, las cuales se diferenciaban del texto en muchos lugares, que por la Florentina del de 1550, que, ejecutada con arreglo al texto mismo, se llamaba, con este motivo, *la Testina*. No formaba ella más que tres volúmenes, á que, en una impresión de Florencia del año de 1782, se añadieron otros tres. Se hicieron posteriormente muchas ediciones con arreglo á ellos, porque hay una del año de 1796, con la data de Filadelfia, que es completísima, y en que se hallan las variantes del manuscrito de la Biblioteca *Laurenziana*, con el retrato del autor, y la

Guiraudet en el de 1803, reconoció que ninguna de ambas llegó en la fidelidad á ésta, que le parece haberse hecho casi á la vista de Maquiavelo y como dictada por él. En un autor de tanta profundidad todo era de recoger, y no debía despreciarse cosa ninguna. No hay en él, por decirlo así, un medio pensamiento, ni una tintura de estilo, que no deban conocerse, porque la disposición, el giro mismo de sus frases, equivalen á sentencias, y son necesarias para el perfecto conocimiento de sus intenciones. No era posible pintarle fielmente, más que pintándole según sus más finos é imperceptibles rasgos y con una servil menudencia. Pues bien, así está pintado aquí; en donde el verdadero meditador halla con que satisfacerse completamente, sin que los lectores, delicados en materia de estilo, encuentren cosa ninguna que pueda desagradarles.

Las dos traducciones anteriores no son, por el contrario, más que versiones libres; es decir, en semejante materia, versiones flojas y destituidas de aquella profundidad y porción de nerviosidad que resultan del combinado curso de los hechos y reflexiones, de las ideas y afectos de Maquiavelo. No

representación del mausoleo que el gran Duque Leopoldo mandó erigirle en Florencia, en la Iglesia de Santa Cruz, el año de 1787. La última edición suya que se conoce, es la que Silvestre Gonato publicó en Venecia el año de 1811.

se reconoce allí ya casi «el genio lleno de fuego, de penetración y vigor,» que el docto Justo Lipsio admiraba en este varón insigne. (2)

La comparación subsiguiente que el mismo juez hizo de estas dos traducciones entre ellas y con el texto, le inclinó á decidir también que la de Amelot ha quedado superior, bajo este aspecto, á la de nuestro contemporáneo Guiraudet, aunque éste la haya desacreditado, sosteniendo que «era inexacta, y anticuada en tanto grado con respecto á las *construcciones* y expresiones, que ella tendría á su vez necesidad de traducirse» (3). Acusación muy evidentemente falsa; porque cada uno puede convenirse fácilmente de que el estilo de Amelot es aún menos anticuado que el de Corneille. Es él muy inteligible; y este traductor había cogido bien en general la mente del texto, y la vertió fielmente en

(2) Entre cuantos últimamente, y ayer mismo, tentaron hablar de política, decía, á fines del Siglo XVI, al dar principio á su tratado sobre la misma materia, no ví á ninguno que pudiera atraerme, ni menos todavía contenerme en mi empresa; y si he de decir la verdad, puede aplicárseles aquel dicho de Cleóbulo: «Los más no tienen más que ignorancia con una suma abundancia de palabras. El único á quien exceptuó, es Maquiavelo, cuyo ingenio es sólido, penetrante y lleno de fuego.» *Qui nuper authere id tentarunt, non me tenent, aut terrent, in quos si veré loquendum est, Cleobuli illud conveniat: Inscitiaris ingenium non contemino acre, subtile igneum* (Doctr. civ. Præfatio).

(3) Discurso preliminar sobre Maquiavelo.

la mayor parte. Amelot, que había recidido por mucho tiempo en Venecia, y hecho por otra parte un profundo estudio de la política en esta ciudad, en que se hallaba la más famosa escuela de ella, podía, mejor que otros muchos, penetrar los arcanos de Maquiavelo. Los más graves defectos de su traducción consisten en la omisión de algunas frases accesorias, cuya necesidad había podido ocultársele, ó que faltaban en la edición por la que vertía, y en algunas adiciones interpretativas, que hacen mirar las cosas algún tanto como sus ideas particulares le inclinaban á verlas (4); pero estas faltas

(4) Un ejemplo de la primera falta está en el cap. 3, en que Maquiavelo había dicho: *Subitò che un forestiere potente entra in una provincia, tutti quelli che sono in essa meno potenti gli aderiscono, mossi da una invidia che hanno contro a chi è stato potente sopra di loro; tantoché rispetto a questi minori potenti, egli non ha lo durare fatica alcuna a guadagnarli perchè subitò tutti insieme violentieri fanno globo con lo stato, che egli vi ha aquislato.* Amelot se ciñó á decir: «Luego que un poderoso extranjero entra en una provincia, cuantos de ésta son menos poderosos, se unen gustosos á él por un motivo de odio contra el que era más poderoso que ellos.» Suprime el traductor lo restante de la frase.

El segundo cargo no necesita, para justificarse, más que de estas palabras. «Julio, con su humor feroz é impetuoso,» con las que Amelot añade un odioso epíteto al texto, concebido así: *Giulio con la sua mossa impetuosa.* Le vemos verter por otra parte, en todos los casos la voz *spegnere*, con *exterminar*, *asesinar*, cuando ella á menudo no significa más que *hacer desaparecer*, *apagar*, *dispersar*.

se reparan en cierto modo con algunas notas en que él unió á las máximas de su autor las que había hallado conformes con ellas en los escritos de Tácito, Salustio, Plutarco, etc.

La traducción de Guiraudet carece de esta compensación; y en ella se ve todavía menos que en la otra aquella expresión entera de cuanto el texto encierra. El traductor desfiguró y atenuó con frecuencia, lo que lleva impreso el sello de la probidad y moral en el modo de pensar del autor (5). Es ver-

(5) Desde el principio del famoso capítulo XVII, que trata de la mala fe, se desentiende la traducción de Guiraudet casi enteramente de la precaución de probidad con que Maquiavelo había entrado en materia. Había comenzado él diciendo con una exclamación de entusiasmo por la buena fe y la virtud: *Quanto sia laudabile in un principe mantenere la fede e vivere con integrità e non con astuzià, ciascuno lo intende. Nondimeno* (parece confesarlo con dolor) *si vede con isperienza ne' nostri tempi quelli principi aver fatto gran cose, che della fede hanno tenuto poco conto, e che hanno saputo con astuzià aggiare i cervelli degli domini, ed alla fine hanno superato quelli che si sono fondati in su la lealtà.* La traducción de Guiraudet hace comenzar á Maquiavelo como si él tuviera por cosa de poca monta la buena fe, omite después su reflexión sobre aquel desvarío, astutamente infundido en el cerebro de los hombres, y por cuyo medio el malvado ambicioso consigue su fin. Ultimamente evita aquella palpable oposición en que el autor puso, condoliéndose, los triunfos de los príncipes de mala fe, con los reveses de los que creyeron conseguir directamente sus fines por medio de leales y virtuosos procederes. No se reconoce ya el autor, que no iba á tratar más que con pena y como forzado una tan triste materia. Empezando el traductor casi con

dad que esta traducción es hecha en un estilo moderno que Amelot no podía poseer; pero la profundidad del sentido y el vigoroso nervio de la frase del original, se sacrifican en ella frecuentemente á la afectación de aquella elegancia y gracia, cuya propiedad es tocar superficialmente las materias, por el temor de no parecer muy ligeras. En una tarea de esta especie, y sobre una materia tan grave, tan severa, la soltura siempre acompañada de alguna frivolidad, no podía abrazar casi más que lo superficial. Saliendo Maquiavelo de la bárbara confusión de la edad media, fué austero, duro, y aun agreste á veces en sus frases; el darle las formas ágiles de un bello orador de nuestros tiempos, era también disfrazarle muy intempestivamente.

Lo está él quizá también de otro modo en el discurso que Toussaint Guiraudet puso á la cabeza de su voluminosa traducción, para fijar á su voluntad

una fría indiferencia por la buena fe y virtud, se expresa así: «Es sin duda cosa muy laudable que los príncipes sean fieles á sus empeños; pero (por *sin embargo*) entre los de nuestro tiempo, á quienes vimos hacer grandes cosas hay pocos que se hayan picado de esta fidelidad, ni formado un escrúpulo de engañar á los que descansaban sobre su lealtad.» Podríamos notar otras muchas inexactitudes y muchas inversiones no menos sensibles, particularmente al fin del cap. 8º y al del cap. 23; pero el ejemplo que hemos citado bastará para justificar nuestro juicio sobre esta traducción.

la opinión pública sobre los escritos de este autor, y particularmente sobre la intención con que él compuso su *libro del Príncipe*. Si este discurso no contiene muchas equivocaciones notables sobre este particular, encierra á lo menos un número muy considerable de leves errores de hecho, y causa repugnancia tanto por algunas contradicciones como por su afectado republicanismo. Aunque sus errores de hecho están copiados de Voltaire, no por esto dejan ellos de ser unos yerros cuyo fin primitivo fué inocente, y cuyas consecuencias no son indiferentes; tales son la suposición de que el *libro del Príncipe* se dió á luz por el año de 1515, y la de que él no fué condenado por Roma más que en el de 1592 (6). Se confundirán bien pronto estos errores.

Ultimamente Guiraudet, lleno siempre de confianza en Voltaire, discurre como si Voltaire no hubiera sido más que el editor del *Anti-Maquiavelo*, que él dió á luz en Londres, en el año de 1740, haciéndole atribuir á Federico II, Rey de Prusia. Guiraudet sin embargo sospechaba en ello alguna superchería, supuesto que al mismo tiempo, y con una especie de extrañeza hacía el reparo de que «Voltaire dió desmesurados elogios á una mediana

(6) Prólogo del Anti-Maquiavelo.

producción, que el monarca guardó un profundo silencio sobre este particular; y que la conducta que le valió á Federico el renombre de *grande*, probaba que él apreciaba las máximas de Maquiavelo [7].

Nótase una contradicción más formal en este discurso, cuando Guiraudet, después de haber dado el nombre de *horrendo consejero de los reyes* á Maquiavelo [8], confiesa en seguida que el *libro del Príncipe* «está lleno de verdades útiles y capaces de dirigir, en su conducta política, al estadista que tuviera la mayor moralidad» [9]. Guiraudet se había visto precisado aquí á tributar homenaje á la verdad; y el homenaje es tanto más sobresaliente, cuanto este traductor había comenzado escribiendo con la injusta pasión del vulgo contra Maquiavelo.

No obstante esto, hay cosas bien pensadas en este discurso; pero están como si dijéramos ahogadas con una superabundancia de frases de ornamento, como aquellas nuevas frutas á cuya formación y madurez sirve un espeso ramaje de estorbo.

No podemos concluir sobre este discurso de Tous-saint Guiraudet, sin notar el filosófico desprecio que éste hace en él de los documentos de una embajada que Maquiavelo desempeñó, el año de 1520, en

(7) Discurso preliminar, pág. 103.

(8) *Ib.*, pág. 2.

(9) *Ib.*, pág. 62.

nombre de la República de Florencia, cerca del capítulo general de los padres menores observantes, reunidos en Carpi. A pesar de la gana suya de multiplicar los volúmenes de su traducción, que él alargó hasta nueve, mientras que las obras de Maquiavelo tienen seis únicamente, dejó á un lado estos documentos que le parecían estar en mucha oposición con el espíritu antireligioso de nuestra edad. Al dar cuenta del sacrificio que él le hace, cita con complacencia algunas frases antimonacales de una carta de Guichardini á Maquiavelo en aquella ocasión. Este le escribía: «cuando veo el título de Vm. de orador republicano al lado de los frailes, y contemplo con cuantos reyes, duques y príncipes ha negociado, se me viene á la memoria Lisandro, quien á continuación de infinitas victorias, y lleno de inmortales trofeos, tuvo el encargo de distribuir la carne á aquellos mismos soldados á los que él había mandado tan gloriosamente.»

Pero Guiraudet se guardó muy bien de trasladar la réplica de Maquiavelo, no menos respetuosa para con los religiosos que honrosa para él mismo. «No discurro, respondía á Guichardini, haber malogrado el tiempo en estudiar la historia y república de los religiosos, aun mendicantes [*zoccoli*], supuesto que he aprendido á conocer muchas reglas y estatutos suyos, que son primorosos en muchos puntos; y es-

pero sacar mi provecho de ello en la ocasión, aunque no fuera más que para compararlos con otros que pertenecen al orden civil de los Estados [10]. Así armado sinceramente del amor de lo útil el hombre de ingenio, por más filósofo que él sea, no menosprecia cosa ninguna, y sabe utilizarse de las buenas, hállese ellas en el lugar que se quiera.

El discurso con que vamos á dar principio nosotros mismos á la publicación de lo más notable y útil que Maquiavelo escribió, no tendrá á lo menos el defecto de llevar impreso en sí el sello de la filosofía antireligiosa de nuestra edad, ni de aquel republicanismó de que ella se formó un negocio de cálculo y un medio de triunfo. Nuestra mira se dirigirá á impedir que los lectores se extravíen en la interpretación de las máximas de este insigne estadista, y á fijar rectamente su opinión relativa á él. Procuraremos mostrar con evidencia la utilidad de su doctrina para la situación en que á la sazón se hallaba la Italia, y aun también para todas las circunstancias parecidas en que estuviesen otras naciones asoladas por una tremenda anarquía, de la que quisieran salir ellas. Nuestro examen sobre las diferentes épocas en que esta doctrina fué desacreditada, como también sobre aquellas en que jueces

(10) Tomo XI de la edición de Florencia, 1782, pag. 74.

competentes llegaron á vengarla, hará comprender fácilmente que sus detractores tuvieron motivos personales, ó fueron celadores de revoluciones anti-monárquicas, y que sus apologistas fueron hombres honrados, profundos en política, enemigos del desorden, y defensores, por esto mismo, de la única autoridad que pueda contener y gobernar bien los vastos imperios. Nuestro discurso presentará, sobre las vicisitudes que las obras de Maquiavelo experimentaron en la opinión pública, nociones curiosas, puntuales y ciertas, que ni aun esparcidas se hallan en las obras francesas, y que no se encuentran reunidas en ningún libro italiano.

En la publicación que vamos á hacer del manuscrito de Napoleón, pondremos en la parte inferior de las páginas las anotaciones que este hombre singular escribió en él, y las notas que el texto nos ha parecido exigir, agregándoles, aunque no fuera más que para conservarlas, aquellas con que Amelot de la Houssaie enriqueció su traducción del *libro del Príncipe*. Las nuestras abrazarán la explicación de ciertos hechos casi ignorados de la historia de Italia, que este tratado recuerda. En cuanto á los otros que las personas de instrucción deben conocer, ó sobre los que pueden consultarse fácilmente nuestros libros históricos en que se hallan insertados, nos tenemos por dispensados de mentarlos. Así, no

nos creeremos precisados á decir que aquel Arzobispo de Ruán, citado por Maquiavelo, es el Cardenal Jorge de Amboise, que fué Gobernador del reino de Francia en tiempo de Luis XII, y tuvo el mayor influjo sobre el ánimo y resoluciones de este monarca [11].

(11) No será en balde sin embargo, para hacer comprender bien el papel que este Cardenal va á hacer en este libro, el recordar aquí lo que refieren las historias eclesiásticas con respecto á él. «Como este ministro tenía un sumo ascendiente sobre el ánimo del Rey, como él había sido ya causa de que Luis XII diera á César Borgia, hijo del Papa Alejandro VI, el ducado de Valentinois, con una cuantiosa pensión, y que estaba dispuesto siempre á favorecer las intenciones del Papa con la esperanza de sucederle por valimiento del duque, que le había hecho promesa de ello, se dirigió á él Alejandro para lograr que este monarca le ayudase á arruinar enteramente á la familia de los Ursinos. Aunque ella era inclinada á los intereses de la Francia, y gozaba, con justos motivos, de la protección de ésta, consiguió el Cardenal persuadir al Rey, que él no llegaría nunca á recuperar el reino de Nápoles, según lo deseaba, si no contentaba al Papa sobre esta nueva solicitud. Quedaron, pues, los Ursinos abandonados, y aun sacrificados á la política de Alejandro, sin que á su muerte pudiera lograr su cederle el Cardenal. En balde pasó éste á Roma para el cónclave, al que hubieran podido decidir en favor suyo las tropas francesas, que hasta entonces habían permanecido en esta ciudad; pues se dejó persuadir del mañoso Cardenal Juliano de la Rovere al alejarlas, para no mostrar semblante de querer embarazar los votos. Juliano de la Rovere no se hizo elegir entonces, como lo ha supuesto una biografía moderna, sino que gustó más de exaltar á la Santa Sede á un Cardenal ancianísimo, y poco menos que mori-

No hicieron más que dar una prueba más de la ligereza de su espíritu y de lo aereo de sus conocimientos políticos, los que creyeron hallar un nuevo medio de hacer odioso á Napoleón, dando á conocer el juicio suyo sobre nuestro autor. Este juicio es en substancia aquel mismo del sensato Justo Lipsio. Si Napoleón decía: «Tácito compuso novelas, Gibbon es un vocinglero, Maquiavelo es el único libro digno de leerse;» es á causa de que él le había leído mejor que ninguno de nosotros, y como un hombre más capaz de comprenderle no solamente con motivo de su origen italiano, sino también como natural de una isla en que la juventud devora por gusto los antiguos autores italianos sobre esta materia. Profundizó el sentido suyo con tanto más empeño, cuanto sabía discernir en él todo lo que un particular como él, con la ambición que le traía desvivido, debía obrar para llegar á ser príncipe y afirmarse en su principado después; y todo lo que pudiera hacer recuperar ó perder otra vez al legítimo soberano un trono anteriormente perdido. Lo reconocemos patentemente en sus anotaciones, las cuales son para nosotros la confidencia históricamente pro-

bundo Francisco Piccolomini, que de allí á veinticinco días le cedió el puesto, que ocupó él mismo con el nombre de Julio II.» (*Compendio cronológico de la Historia ecles.*, tomo II, pág. 234, año de 1503.

gresiva de su vida secreta, de los impulsos de su ambiciosa alma y de los proyectos de su exaltada cabeza. Únicamente su mano era capaz de pintarle, como él lo está aquí; porque únicamente él podía conocer, en su primitiva erupción, sus ideas, sus afectos, y rápida sucesión suya, tales como aquí están trazados. Se ve en ello la semilla de sus designios y miras, aun antes que ella hubiera producido. La perversidad de su corazón se vió aquí desnuda, siempre que él encontró á Maquiavelo hermanando la moral y honradez con la política. ¡Véase como se indigna contra este gran maestro, cuantas veces él insiste sobre la necesidad de ser querido más bien que aborrecido, de obrar primero como buen príncipe que como tirano! Cuanto le presentaba su condenación, declarada anticipadamente por Maquiavelo, le inclinaba á ultrajarle; y no podemos menos de sonreírnos, cuando le vemos resistirse con ira contra ciertos consejos de este estadista, cuya cordura y justicia repugnaban á sus fieras inclinaciones.

Sin duda se notará alguna incoherencia entre aquellos fogosos pensamientos que se le soltaban á su alma turbulenta; pero no causarán ellos extrañeza á los que saben que la política en acción no puede menos de variar sus sistemas, planes y modos de obrar, según las circunstancias, que son muy

variables de sí mismas. Pero volverá á hallarse el mismo genio en estos pensamientos, por más disparatados que puedan ser. Se dan á conocer todos ellos por hijos de un mismo padre, y descubren á porfía todos su origen, con la única diferencia de que escritos en diversas épocas de su vida pública, indican en particular la naturaleza de la pasión del momento con la resolución que ella le movía á tomar. Reducidas estas épocas á cuatro principales, son: 1º el tiempo de su generalato que le sirvió de preparación para la soberanía; 2º el tiempo de su reinado consular; 3º el de su reinado imperial; 4º finalmente, los diez meses de su mansión en la isla de Elba. Seguirá á cada una de estas anotaciones, una señal indicativa del tiempo en que fué escrita: las de la primera época tendrán la letra G; las de la segunda llevarán R. C.; las de la tercera, R. I., y, últimamente, las de la cuarta, la letra E. Entre todas estas notas, hay algunas que el afecto penoso con que ellas nos conmovían, nos inclinaba á borrar; pero diferentes sugetos, llenos de prudencia y honradez, nos determinaron á conservarlas, por la razón de que son aquellas mismas que contribuyen más á hacer tan aborrecible á Napoleón como él debe serlo. Por otra parte, con semejantes supresiones hubiéramos causado perjuicio á la integridad de la pintura de su infernal política, supuesto que

hubiéramos cercenado el indispensable complemento suyo.

Refiriéndose así todas las diversas anotaciones de Napoleón á diferentes circunstancias, á diferentes situaciones políticas, formarán realmente un comentario útil, en cuanto harán discernir sin equivocación lo que Maquiavelo no dijo más que para los *nuevos príncipes*, y lo que dijo para los demás, especialmente para los que vuelven á entrar en sus usurpados Estados. Toda la substancia de su doctrina va á hallarse en el presente volumen, en que, despues del famoso *libro del Príncipe*, se hallarán los pasajes más interesantes de algunas otras obras suyas, y particularmente de sus profundos discursos sobre las *décadas* de Tito Livio (12), prescindiendo de lo que de ello vaya citado en el discurso preliminar.

Creemos no lisongearnos mucho diciendo que no

(12) En esta obra leyeron Montesquieu y J. J. Rousseau lo que ambos escribieron de más juicioso. El Abate de Vertot le es más particularmente deudor de aquellas ideas profundas é instructivas que forman el principal mérito de sus *Revoluciones romanas*. El Abate Conti, italiano, que se hallaba en París al salir á luz ellas, escribió al célebre Marqués Maffei de Verona: «Habrà leído Vm. la *Historia de las Revoluciones romanas* del Abate de Vertot. Ha reducido á sistema las reflexiones sueltas, que el Secretario de Florencia hizo sobre Tito Livio, pero sin profundizarlas bastante á veces. (*Opere dell' abbate Conti*, tomo II, pág. 112.)

existe ninguna edición de sus obras que pueda, tanto como este simple volumen, habilitar á los lectores para conocer bien la extensión y profundidad, la prudencia y sagacidad de un genio que, en el sentir de Algarotti, «fué en política y en las cosas de Estado, lo que Newton es en conocimientos de las ciencias físicas y arcanos de la Naturaleza» (13).

18 de Septiembre de 1815.

(13) *Opere di Algarotti*, Cremona, tomo IX.

